



El cura Hidalgo en la intimación que dirigió al intendente Riaño para que rindiera la ciudad de Guanajuato dijo: "El numeroso ejército que comando me eligió por capitán General y protector de la nación en los campos de Celaya. La misma ciudad á presencia de cincuenta mil hombres ratificó esta elección que han hecho todos los lugares por donde he pasado; lo que dará á conocer á V. S. que estoy legítimamente autorizado por mi nación para los proyectos benéficos que me han parecido necesarios á su favor."

Conforme á la letra de este documento el ejército aclamó al cura Hidalgo jefe militar y protector de la nación ó sea dictador; y este nombramiento fué ratificado por la ciudad de Celaya y las demás por donde había pasado. ¿Podía ó debía haber renunciado el cargo el cura Hidalgo? Si lo hubiera renunciado, ¿en quién podía haber recaído el nombramiento? Solo en Allende, pero éste, como nos lo dice Licéaga, ya Allende había renunciado la Jefatura de la revolución por diversos motivos graves, y cuando un pueblo al levantarse se fija en un hombre para que lo acaudille, ese hombre tiene que aceptar por deber sagrado la jefatura que se le ofrece, porque en caso de rechazarla, lo más probable es que el pueblo pierda su exaltación, retroceda y vuelva á sus hogares. El cura Hidalgo fué verdaderamente patriota al aceptar la sincera aclamación que hizo el pueblo para que lo acaudillara. Hidalgo no podía fijarse en si era ó no militar, y sólo debía sentir que era revolucionario. Además,

no hay documento ni hecho que pruebe que el cura Hidalgo meditó hacer una revolución militar. El 16 de Septiembre en la mañana se dirigió al pueblo para levantarlo, no á los militares, luego su ímpetu fué para hacer una revolución popular. Si el cura hubiera pensado en revolución militar, se habría puesto á la cabeza de los dragones del regimiento de la Reina, (que no lo hubieran admitido) con el objeto de lanzarse á la guerra completamente técnica.

En Celaya el elemento militar estaba representado por ochocientos hombres y el civil por veinticinco mil, la designación civil debía prevalecer como sucedió. Una vez el cura Hidalgo colocado á la cabeza del ejército hizo lo que debía; marchar é ir levantando poblaciones, arrollando destacamentos, atemorizando con su horda, dominando, con ráfagas de terror. Supongamos que en lugar del cura Hidalgo hubiera sido el jefe Napoleón I, habría hecho lo mismo que el cura Hidalgo excepto una cosa que después diré; porque para que haya nubes en la atmósfera es preciso que haya en alguna parte agua que las forme y ni Napoleón I ni otro genio de la guerra podían organizarse militarmente sin armamento militar correspondiente á su época, porque las flechas, las hondas y las lanzas fueron armamentos de los Partos, de los Galos y de los primitivos Egipcios; mas teniendo el Virrey fusiles en 1810, Napoleón I habría tenido que hacer lo que el cura Hidalgo ó decir: Yo no tengo elementos para organizar militarmente la guerra y me retiro.

## II

Precisamente fué una gran ventaja que el cura Hidalgo se encargase de comenzar la revolución en la forma extraña de un Madhi africano, porque si un verdadero militar se hubiera encargado de la misma tarea, habría en contrario insensato é indigno de sus charretas emprender una lucha imitando á Atila en cuanto á armamento, contra las fuerzas del Virrey que estaban con armas á la altura de su época. Ya antes dije que si Allende con sus mil hombres se hubiera lanzado á la revuelta; sólo habría obtenido figurar colgado en cualquier árbol.

La falta que se cometió fué la siguiente: el regimiento de la Reina no alcanzaba á ochocientos hombres, sus jefes no quisieron tomar parte en la revolución y en vez de reorganizarlo y darle jefes y oficiales, cuidando de su disciplina, haciéndolo marchar separado de la horda, se tomaran sus soldados, cabos, sargentos y oficiales y fueron ascendidos á grados que no merecían para dizque organizar la horda militarmente. El procedimiento del Mahdí del Sudán, consistía en ir transformando poco á poco su horda en ejército de primer orden y en el caso de la horda mexicana se hacía lo posible para convertir el ejército en horda. Pero toda la culpa fué de Allende porque figuraba como segundo en jefe del cura Hidalgo y tenía voz y voto delante de él; y por otra parte los dragones del regimiento de la Reina pertenecían á Allende como los botones de su

uniforme y si Allende se hubiera opuesto á la desorganización completa del regimiento, Hidalgo habría hecho lo que aquél hubiera querido. Si Allende hubiera sido verdadero militar y hombre de carácter á la altura de las circunstancias, su estricto deber fuera separarse del cura Hidalgo antes que consentir en que su regimiento lo convirtieran en plebe, perdiendo así la revolución toda esperanza racional de triunfo. No aparece en la historia huella de que hecho tan funesto haya precedido del cura Hidalgo y si así hubiera sido, la responsabilidad siempre correspondería á Allende.

## III

Veamos las responsabilidades militares que hubo en la gran batalla de las Cruces que debió ser decisiva á favor de los insurgentes. Esta batalla no la mandó el cura Hidalgo ni pensó en mandarla. Licéaga dice: "En vista de que Hidalgo no manifestaba plan alguno para el ataque, se encargó oficiosamente Allende de dirigirlo.... (1) El Dr. Mora escribe: "Allende que fué quien dirigió todas las operaciones de esta batalla;".... (2) Alamán expresa: "Por parte de los insurgentes dirigió la acción Allende"..... (3) D. Carlos María Bustaman-

(1) Licéaga, "Apuntes y Rectificaciones," pág. 139.

(2) Mora "México y sus Revoluciones," página 75.

(3) Alamán, Tomo 1o., pág. 412.

te afirma lo mismo que Alamán, porque sus noticias tienen el mismo origen. Si Allende dirigió la batalla de las Cruces, es claro que el cura Hidalgo ha quedado libre de toda responsabilidad. Sin embargo, el Dr. Mora y es el único historiador que lo hace, arroja cierta responsabilidad sobre el cura Hidalgo al decir: "Allende había resuelto que las masas enormes de los indios no tomasen parte en la acción y quedasen á retaguardia para operaciones muy secundarias en que tal vez podrían ser útiles sin riesgo suyo y sin exponer, por su ninguna disciplina, á las fuerzas regladas en las cuales podrían introducir el desorden y confusión. Pero ellos se dieron por ofendidos, é Hidalgo, que no conocía toda la importancia de esta exclusión, insistió hasta desazonarse muy de veras con Allende, en que se les diese parte y señalase puesto para la batalla. Allende tuvo que ceder y se les puso á la cabeza de las secciones de caballería que cubrían los flancos..." (1)

Aun aceptando lo anterior como cierto, la responsabilidad completa sería siempre de Allende porque el cura Hidalgo le exigió que diese puesto en la batalla á los indios, sin marcar cuál debía ser y Allende pudo dárselos con mucha facilidad donde no se mezclaran ni estorbasen á las tropas y pudo hacer todavía que recibiesen el menor fuego posible colocándolos á distancia conveniente. Alamán enseña también que "Allende dirigió la batalla con acier-

(1) Mora, "México y sus Revoluciones," Tomo 4o., pág. 77.

to." (1) En cambio D. Lorenzo Zavala dice: "Jamás hubo más ignorancia en el ataque y la defensa." (2)

Estando en contradicción los juicios de Alamán y Zavala, fallo resueltamente y creo haberlo con fundamento, á favor del juicio de Zavala.

Según Alamán, las fuerzas de Trujillo consistían en mil infantes, cuatrocientos caballos y dos piezas de artillería. Las del cura Hidalgo formaban sesenta y seis mil hombres de infantería armados de lanzas, hondas, flechas; catorce mil hombres á caballo armados con lanzas y machetes, cuadro piezas de artillería, dos de ellas de madera y las otras de bronce, más tres mil soldados de infantería y caballería casi por partes iguales, de las tropas realistas que habían defecionado. Con semejantes fuerzas Allende debió haber derrotado á Trujillo sin que perecieran cuatro mil indios, según Licéaga, diez mil, según Mora; veinte mil, según Bustamante.

Lo primero que debe hacer un general es asegurar el aprovechamiento de todas sus fuerzas en la batalla. Allende contaba con más de ochocientos soldados de caballería que habían pertenecido al ejército virreinal, mientras que el jefe español Trujillo sólo tenía cuatrocientos, en su mayor parte mozos y dependientes de Yermo.

Allende estaba en la obligación de aprove-

(1) Alamán, Tomo 1o., pág. 412.

(2) Zavala, Tomo 1o., pág. 55.

char sus catorce mil rancheros de á caballo, armados de lanzas y machetes que son buenas armas para la caballería, y al efecto, si Trujillo tomaba posiciones en algunos de los cerros, no debía atacarlo sino seguir el camino procurando que Trujillo tomase la ofensiva en punto donde hubiera podido obrar el gran número de caballería insurgente.

Si Trujillo cruzaba su línea de batalla en el camino real apoyando las alas en los cerros que limitaban el camino, que fué lo que hizo; tocaba á Allende hacer desde la mañana muy temprano, lo que hizo después del medio día, que le dió tan buen resultado á las cinco y media de la tarde y que fué, cortar la retirada del enemigo, haciendo marchar una masa de cerca de cuatro mil hombres por un camino de vereda fuera del campo de batalla y al mismo tiempo hacer diversión al frente de Trujillo. Con ochenta mil hombres contra mil cuatrocientos, un militar menos que mediano discurso envolver y en un envolvimiento por masas de ochenta mil hombres, se podrían cubrir de la vista del enemigo los tres mil hombres de fuerzas disciplinadas y atacar á Trujillo por donde hubiera querido. Zavala afirma, que el general Calleja, el mejor militar con que contaba el Virrey había muy duramente calificado la impericia de Trujillo, y si la impericia de Trujillo fué muy grande, mayor debió haber sido la de Allende que con mayores elementos y llevando la inmensa ventaja de las enormes faltas cometidas por su adversario, no supo aprovecharse de ellas y sacrificó millares de

vidas, lo que dió por resultado la deserción por el pánico hasta reducirse la horda de ochenta mil hombres á cuarenta mil.

El cura Hidalgo dice en su causa que viendo la desmoralización de los indios por la gran carnicería, comprendió que no podía seguir adelante, de manera que si no hubiera habido carnicería, habría seguido adelante y ocupado la ciudad de México.

¿Qué militar con doble fuerza disciplinada que el enemigo, doble artillería y caballería irregular aprovechable en cantidad diez veces mayor que todo el efectivo del ejército contrario, más plebes inmensas de hombres decididos á batirse y que podían usarse para cubrir movimientos, gana la batalla perdiendo torrentes de sangre y toda la moral de su ejército? Y si á esto se agrega que su adversario hace **cadetadas** solemnes, hay que confesar que Allende por su nulidad como militar que probará todavía más adelante, fué el verdadero y único responsable del hundimiento de la revolución en su primer período. La batalla de Aculco no se perdió en Aculco, sino en las Cruces. El desastre fué tan completo que el cura Hidalgo llegó á Valladolid casi sólo, disfrazado, de noche y obligado á ir á ocultarse á la casa de la viuda de D. Domingo Allende, temiendo ser entregado por la población á sus enemigos. Gracias á la lealtad, al valor y á la actividad del jefe insurgente que el cura Hidalgo había dejado en Valladolid pudo éste aparecer de nuevo como jefe de la revolución y obtener nuevas chusmas con las que salió para Guadalajara.

## IV

Allende, huyendo de Aculeo siguió hasta Guanajuato donde decidió concentrar todas las fuerzas de los insurgentes para salir al encuentro de Calleja y batirse con él. ¡Otro Aculeo!

El plan de Allende que acabo de indicar, se encuentra expuesto por él mismo en la primera de las dos cartas que dirigió al cura Hidalgo á Valladolid, cartas copiadas por Alamán en su tomo segundo. Cuando escribió Allende á los demás jefes insurgentes el 12 de Noviembre de 1810, no sabía que había sido tomada la ciudad de Guadalajara por el brillante jefe D. José Antonio Torres, porque la ocupación tuvo lugar el día 11 del mismo mes y año. Allende se dirigió al Cura Hidalgo, á Iriarte y á D. Miguel Sánchez. El cura Hidalgo salió de Valladolid según Alamán, con siete mil rancheros de á caballo armados con lanzas y machetes y doseientos cuarenta infantes armados con fusiles.

Iriarte tenía en Zacatecas dos mil hombres mal disciplinados ó no disciplinados, y entre ellos trescientos infantes armados con fusiles. D. Miguel Sánchez tenía seiscientos hombres, pura chusma, con ochenta fusiles.

Allende presentó en Guanajuato cinco mil hombres, chusma también, excepto dos regimientos acabados de organizar; veintitrés piezas de artillería, mal hechas y 170 fusiles. Calleja tomó á Guanajuato y derrotó completamente á Allende, quitándole las veintitrés piezas de artillería, todos los fusiles y el par-

que, sin más pérdidas para el ejército realista, que un dragón muerto y algunos soldados heridos. Respecto de esta increíble pérdida de Calleja al tomar Guanajuato, dice D. José María Licéaga que á la sazón se hallaba en esa ciudad: "Aunque á primera vista parece increíble, que la pérdida de las tropas realistas se redujeran á un dragón muerto y á pocos heridos y contusos de piedra, no de bala, no es en manera alguna inverosímil, si se atiende á que los cañones debían reputarse como no puestos en aquel lugar, ya por su mala construcción, ya por la dificultad de variar su puntería, ya por la ineptitud de los que los manejaban y ya por la falta de armas para sostenerlos y conservarlos." (1)

Si los jefes insurgentes llamados por Allende para la defensa de Guanajuato y derrota de Calleja, hubieran acudido, habría reunido Allende por toda fuerza:

Caballería armada con lanzas y machetes. . . . .	10,000
Infantería armada con fusiles . . . . .	790
Chusma. . . . .	6,500
Cañones reputados como si no existieran	23

En la batalla de las Cruces Allende había tenido á su disposición:

Caballería regular. . . . .	1,200
-----------------------------	-------

(1) Licéaga, pág. 154.

Caballería irregular con lanzas y machetes. . . . .	14,000
Infantería armada de fusiles. . . . .	2,700

¡Y estuvo á punto de derrotarlo Trujillo con 1,400 hombres! Y como se ha hecho observar la victoria de las Cruces produjo á los vencedores un pánico indescriptible y causó la deserción del ejército reducido á 40,000 hombres de ochenta mil que formaban la batalla de Aculco los insurgentes tuvieron más fuerzas que las que hubiera podido reunir Allende, si el cura Hidalgo, Iriarte y Sánchez hubieran acudido á su llamamiento.

La idea de defenderse en Guanajuato era desastrosa. Guanajuato no era plaza defendible. Y no puede ser militar una persona que como Allende en Guanajuato, se resuelve á batirse con chusmas sin armamento contra igual número de soldados perfectamente armados, equipados, disciplinados, altamente moralizados por la victoria y por el desprecio que tenían á las chusmas que habían ya revelado su completa nulidad una vez escarmentadas; aún cuando Allende no hubiera tenido chusmas sino soldados iguales á los de Calleja, yo pregunto: ¿Napoleón I habría emprendido la batalla de Austerlitz, si sus soldados hubiesen estado armados de hondas y garrotes? Semejantes hazañas no son de militar ni de hombre caudillo y ¿es el Dr. Mora, un escritor de talento quien culpa al cura Hidalgo y dice que todo lo echó á perder sacrificando á Allende cuando fué todo lo contrario? Todavía Zavala dice con mu-

cho más acierto que Mora, que el cura Hidalgo no debió haber aceptado cargos militares, pero que Allende, como militar no estaba á la altura de sus deberes.

El cura Hidalgo hizo muy bien lo mismo que Iriarte en no acudir al llamamiento de Allende, pues en Guanajuato habría acabado el primer período de la guerra de la Independencia, del mismo modo que allá había comenzado.

## V

Ya he dicho por qué hizo bien el cura Hidalgo en decidirse por aceptar batalla de Calleja, en el Puente de Calderón, en vez de huir, porque la retirada de una chusma es huída como la pretendía Allende.

Se conoce que el Dr. Mora escribió sobre la guerra de nuestra independencia con la ligereza perniciosa tan común en historiadores mexicanos, debido á que copian servilmente ó bien creen todo lo que les dicen sus correligionarios bastándoles que un secretario les asegure "**Yo lo ví con estos ojos que se ha de comer la tierra;**" ó bien aceptan toda clase de documentos sin examinarlos.

Fundo este ataque al Dr. Mora en lo falsas que son sus siguientes afirmaciones: "Allende y Abasolo se oponían á esas reuniones numerosísimas (chusmas) que no podían ser armadas, pagadas ni disciplinadas, y que la experiencia había probado ya bastante ser, si no perjudiciales á lo menos inconducentes al objeto." El Dr. Mora olvida que esas chusmas tomaron la

Alhóndiga de Granaditas dándole recursos á la revolución, pues aunque robaron, pasó de un millón el dinero que entró á la caja del ejército insurgente, y olvida también que esas chusmas tomaron Valladolid sin tirar un tiro, y en esa ciudad recogió el cura Hidalgo cerca de otro millón de pesos entre los que se encontraron cuatrocientos mil que fueron depositados en la catedral; olvida el mismo escritor que esas chusmas contribuyeron sino es que determinaron el triunfo en la batalla de las Cruces, porque tragaron balas de cañón y de fusil en la cantidad muy respetable para matar á cuatro mil hombres, cifra mínima en que se estima la carnicería, y sin ellas todos esos proyectiles hubieran ido á dar contra las tropas disciplinadas de Allende y hubieran perdido la batalla, debiéndose tener en cuenta que esas chusmas fueron las que hicieron el rodeo para cortar la retirada á Trujillo, lo que consiguieron determinando la derrota del jefe español; por último, el Dr. Mora olvida que fué Allende quien se encaprichó en defenderse en Guanajuato con chusmas desarmadas y que ni el cura Hidalgo ni Iriarte quisieron que Calleja continuara su carnicería con las chusmas y por tal motivo no quisieron acudir al llamamiento de Allende.

## VI

Dice el Dr. Mora que "Allende y Abasolo se oponían á esas reuniones numerosísimas (chusmas) que no podían ser armadas, paga-

das y disciplinadas." ¿Acaso podían ser armadas las tropas en número suficiente para oponerse á las de Calleja? Si hubiera habido fusiles, los cien mil hombres que reunió el cura Hidalgo en Guadalajara parapetados en la ciudad y haciendo fuego desde el interior de las casas, habrían hecho pedazos á los cinco mil hombres de Calleja y á los dos mil más de Cruz y si las chusmas no sirven, tampoco sirven para la guerra los soldados desarmados por buenos que sean.

En cuanto á disciplina, poco de ella entendían Mora y los demás historiadores que hacen responsable al cura Hidalgo de no haber disciplinado su horda. Disciplinar es, hacer cumplir al soldado las obligaciones que le impone la Ordenanza militar y garantizarle el ejercicio del derecho del soldado que le reconoce la misma Ordenanza. El primer derecho militar del soldado es el derecho al arma con que atacar y defenderse y el primer deber de un jefe que pretende disciplinar, es dar armas á sus soldados cuando los lleva al combate y si no las tiene debe esquivarlo porque es crimen en un jefe militar derrochar la sangre de sus soldados sin utilidad. Hasta tratándose de animales inferiores es cruel y repugnante dejarlos destruir sin utilidad para la especie humana. La disciplina impone la pena de muerte para los soldados que rehusan entrar á un combate. ¿Qué jefe de vergüenza, de talento, de dignidad y con figura de hombre puede atreverse á aplicar la pena de muerte á soldados porque no entran al combate debido á que no se les ha dado

armas para combatir? Ni ha habido ni hay quien diezme á un batallón de soldados desarmados porque á pie firme no esperan una carga á la bayoneta. El valor humano por excesivo que sea tiene un límite, en el individuo puede ser ilimitado, puesto que el individuo puede ser suicida, mas las colectividades no se suicidan y todo verdadero militar conoce el límite del valor de las tropas por excelentes que sean y los soldados desarmados no están dentro de ese límite. Primero las armas y luego la disciplina y si la revolución de 1810 representada por el cura Hidalgo no podía dar armas, tampoco podía imponer disciplina y es estúpido hacer cargos porque alguien no pudo hacer lo imposible.

¿Puede hacerse cargo al cura Hidalgo por haberse lanzado á una revolución sin contar con las armas necesarias? No, porque las únicas armas que había en Nueva España en 1810 eran las que tenían los soldados del Virrey y como éstos eran todos mexicanos lo mismo que la mayoría de los oficiales; no es loco, ni ligero, ni desacertado un revolucionario que sin profundos conocimientos en sociología, está seguro ó casi seguro de que esos mexicanos armados serán los primeros en sostener la noble causa de la independencia, y no cabía en lo posible imaginar que esos soldados iban á defender con bizarría la bandera de su degradación y á degollar á sus hermanos por el crimen de aspirar á la libertad.

## VII

En Guadalajara, y al saberse la marcha de Calleja sobre la ciudad, los jefes insurgentes celebraron una junta de guerra y respecto de ella dice el Dr. Mora: "Esta consideración (de la superioridad de las fuerzas de Calleja en número y disciplina) hacía presagiar mal á Allende del éxito de una batalla y en una junta de guerra presidida por Hidalgo, procuró esforzarla hasta ponerla al alcance de los vocales de la junta, en su mayor parte poco peritos en el arte de la guerra. Muchos lograron penetrar la justicia de sus observaciones; pero otros, ó porque no pudieron comprenderlas, ó por el inmenso ascendiente que Hidalgo tenía sobre ellos, votaron por la resistencia directa y entonces ya no hubo otro remedio que prepararse á ella." (1) En "México á Través de los Siglos" se lee: "Allende contrarió **una vez más** el propósito de luchar con tropas tan disciplinadas como las fuertes de ocho mil hombres con diez cañones avanzaban á las órdenes del experto Calleja; pero Hidalgo y los demás jefes, fiando en la gran fuerza numérica de su ejército, decidieron probar la suerte de las armas." (2)

En "México á Través de los Siglos" se nota el injustificado empeño de hacer responsable

(1) Dr. Mora, "México y sus Revoluciones," pág. 129.

(2) "México á Través de los Siglos," Tomo 3o., pág. 196.

al cura Hidalgo de gravísimos errores que no cometió, pues se afirma que: **“Allende contrarió una vez más el propósito (de Hidalgo) de luchar con tropas tan disciplinadas”** como las de Calleja. Esta afirmación es completamente falsa; antes de la batalla del Puente de Calderón, el cura Hidalgo sólo había estado en los siguientes hechos de armas: Ataque y toma de la Alhóndiga de Granaditas. ¿La contrarió Allende? Nadie lo ha dicho y los hechos prueban lo contrario. Después del asalto á la fortaleza de Granaditas, tuvo lugar la batalla de las Cruces. ¿La contrarió Allende? Nadie tampoco lo ha dicho y todos nuestros historiadores afirman que Allende mandó la batalla de las Cruces. Después de las Cruces tuvo lugar el combate de Aculeo, cuyo hecho de armas no podía contrariar Allende porque el cura Hidalgo no pensó ni podía pensar en dar batalla á Calleja, todo lo contrario, iban de retirada ó más bien de huida con las fuerzas reducidas á la mitad y muy desmoralizadas. Pensaba el cura Hidalgo en atacar á Calleja tanto como en atacar al Emperador de Rusia, pues es sabido que tanto el ejército insurgente como el realista se encontraron en las inmediaciones del pueblo llamado San Gerónimo de Aculeo, sin que Calleja, que marchaba hacia la ciudad de México, se figurase que tenía muy cerca al cura Hidalgo y éste por su parte se sorprendió al saber que Calleja estaba sobre él. Alamán dice: “que habiendo resuelto

esperar los insurgentes á los realistas, lo que **tampoco podían evitar....**” (1)

El coronel D. Diego García Conde que acompañaba á los insurgentes en calidad de preso, en compañía del Conde de Rul y su hijo y Merino, dice en su Diario: “Por la mañana seguimos el camino para el pueblo (de Aculeo) llevando nuestro coche por delante á causa de que no tenían escolta: las señoras y demás comitiva se quedaron en una casa á la entrada del pueblo, sin que lo advirtiésemos, llegando nosotros hasta la casa del cura Hidalgo, que ya la artillería y multitud de indiada nos impedía el paso. Vimos salir á Allende con toda su comitiva y generales, y asomándome le dije que estábamos solos y sin saber dónde ir: nos hizo apearse del coche, y llevándome á su lado me dijo al oído: “¿Sabe usted, que tienen ustedes un ejército en Arroyo Zarco?” y le respondí: “¿Está usted seguro? á lo que añadió: “Tanto que sus avanzadas nos han cogido anoche dos dragones.” Entonces le dije yo: “Irán para México;” y me respondió: “Sí, porque hemós interceptado un correo del Virrey en que así se los manda” y le añadí: “Pues dejarlos pasar.” Entonces me dijo él: “¿Y si nos atacan?” A lo que contesté: “Pues qué les importa á ustedes teniendo 40,000 hombres? Ustedes deben estarse quietos, y si pasan á México dejarlos; pero si los atacan resistir.” Surtió mi consejo tan buen efecto, que en el momento se dieron órdenes para poner avanzadas

(1) Alamán, Tomo 1o., pág. 422.

y salir al campo, y de lo contrario se hubieran marchado para Querétaro, que era lo que querían, y se hubiera retardado mucho nuestra victoria." (1)

Caso de ser cierto lo que asegura D. Diego García Conde, la responsabilidad de la desbandada de Aculco corresponde á Allende. Después de Aculco se separaron el cura Hidalgo y Allende y volvieron á reunirse en Guadalajara días antes de que tuviera lugar la batalla del Puente de Calderón. ¿Cuándo tuvo lugar el hecho de que Allende se opusiera varias veces á que el cura Hidalgo diese batalla á tropas realistas antes del Puente de Calderón? Nunca, y al contrario fué Allende quien no escarmentado con lo de Aculco, emprendió defender la ciudad de Guanajuato contra las tropas disciplinadas de Calleja y teniendo elementos muy inferiores á los que Hidalgo tuvo en el Puente de Calderón. Tal vez Allende, escarmentado por el terrible golpe que le dió Calleja en Guanajuato se desmoralizó al grado de no querer intentar un combate en que los insurgentes tenían serias probabilidades de vencer.

Del acierto que tuvo el cura Hidalgo empeñándose en aceptar batalla en el Puente de Calderón, responde el mismo Calleja en su informe secreto al Virrey, pues en él dice: "En mis oficios de ayer y hoy, doy cuenta á V. S. de la acción que tuvieron las tropas de este ejército contra el de los insurgentes, y hago de ellas

(1) Alamán, Tomo 1o. págs. 469 y 470.

todo el elogio que merecen, atendido el feliz resultado de la acción, llevando por principio hacer formar á ellas mismas y á todo el ejército una idea tan alta de su valor y disciplina, que no les quede esperanza á nuestros enemigos de lograr jamás ventajas sobre un ejército tan valiente y aguerrido; pero debiendo hablar á V. S. con mi ingenuidad inseparable de mi carácter, no puedo menos de manifestarle, que estas tropas se componen de gente bisoña poco ó nada imbuida en los principios del honor y entusiasmo militar, y que sólo en fuerza de la impericia, cobardía y desorden de los rebeldes, ha podido presentarse en batalla del modo que lo ha hecho en las acciones anteriores, confiada siempre en que era poco ó nada lo que arriesgaban; pero ahora que el enemigo, con mayores fuerzas y más experiencia ha opuesto mayor resistencia, la he visto titubear y á muchos cuerpos emprender una fuga precipitada, que habría comprometido el honor de las armas, si no hubiera yo ocurrido con tanta prontitud al paraje en que se había introducido el desaliento y el desorden." (1)

Alamán nos dice que hubo un momento en que la batalla del Puente de Calderón pareció ganada por los insurgentes. Mora y Zavala aseguran que largo tiempo estuvo indecisa. En "México á Través de los Siglos" se lee: "La acción, pues, en aquellos momentos pudiera considerarse ganada por los independientes

(1) Alamán, Tomo 2o., pág. 103.

que triunfaban en ambas alas." (1) Hay derecho para aceptar que la batalla del Puente de Calderón fué un lance de guerra que ofrecía á ambos beligerantes iguales probabilidades de perder ó ganar.

Si las probabilidades militares de perder ó ganar eran iguales, no sucedía lo mismo con las políticas. Calleja jugaba en la batalla de Calderón, íntegra la dominación española de Nueva España. Si la hubiese perdido, las fuerzas de Cruz se habrían desbandado ó defecionado, el cura Hidalgo habría recuperado Guanajuato; ocupado Querétaro y hallándose veinte días después del triunfo de Calderón á las puertas de la ciudad de México, con 10,000 hombres armados y disciplinados, setenta piezas de artillería y una chusma de 200,000 hombres. La capital habría caído sin disparar un tiro. En cambio Hidalgo jugaba una pequeña parte del gran capital de la revolución porque como lo hemos visto, después de la batalla del Puente de Calderón la revolución duró nueve años. No se puede dudar que el cura Hidalgo empeñándose en dar batalla á Calleja tuvo una inspiración de las más felices.

### VIII

El Dr. Mora, sin ser contrariado por escritor alguno, sino al contrario, por todos los que se

(1) México á Través de los Siglos," Tomo 3o., pág. 197.

ocupan de esta materia, apoyado, dice: "Allende fué declarado comandante de todas las fuerzas y jefe de la acción quedando Hidalgo con la reserva en el llano. (1) Desde el momento en que Allende se encargó de dirigir la batalla, cesó la responsabilidad militar del cura Hidalgo.

Tres faltas graves cometió el jefe de los insurgentes. La primera fué dejar que el general Calleja acampara con su ejército á corta distancia del Puente de Calderón y pasara la noche sin ser incomodado cuando Allende podía haber mandado guerrillas que le hicieran fuego con éxito, porque los soldados ningún abrigo tenían. Segunda. Desde la víspera, 16 de Enero de 1811, Calleja reconoció las posiciones de Allende, y al día siguiente el jefe de la artillería realista, D. Ramón Díez de Ortega, hizo otro reconocimiento para comprobar el del día anterior; y en ambos Allende se dejó reconocer con la buena voluntad que manifiesta un tuberculoso para dejarse reconocer por un gran médico. Allende descubrió todas sus baterías, toda su línea, todos sus fuegos y todo lo que quiso ver el enemigo. Y una de las cosas que éste quiso ver y vió fué que la artillería estaba muy mal colocada porque sus proyectiles pasaban muy alto sobre el suelo en que debían recorrer los asaltantes. Mora atribuye este mal gravísimo á que

(1) Mora, "México y sus Revoluciones," Tomo 4o., pág. 131.

las piezas estaba fijas horizontalmente en sus cureñas y no tenían movimiento en el plano vertical. Aún cuando las piezas hubiesen tenido ese movimiento, como estaban colocadas sobre una pared de roca escarpada, la trayectoria del proyectil tendía á ser vertical y por consiguiente á ser lo menos inofensivo el fuego de la artillería. El ideal de la situación de la artillería es; que la trayectoria del proyectil sea la más recta posible, paralela al suelo que debe atravesar el asaltante y á la altura del estómago de los soldados de infantería. Para llenar estas condiciones la artillería debe colocarse abajo de la posición escarpada como se coloca cuando se da batalla en campo raso y se le puede proteger con fortificación ligera de campaña con su correspondiente foso si el suelo fácilmente lo permite.

El mismo Mora dice que Calleja al acometer fué confiado en la casi nulidad de la artillería. Se debe admitir, que puesto que á pesar de la impericia de Allende la batalla estuvo seis horas indecisa y hubo momento en que pareció ganada por los insurgentes, si Allende hubiera obrado como militar, la victoria habría sido la realización de la independencia.

## IX

Después de la derrota de los insurgentes en el Puente de Calderón, los principales jefes, incluso el cura Hidalgo, se reunieron en Aguascalientes donde estaba Iriarte con sus fuerzas y habiendo determinado marchar para Zacate-

cas se detuvieron en el camino en la hacienda del Pabellón donde celebraron junta de guerra, dando ésta por resultado la separación del cura Hidalgo del mando militar para asumir sólo el político y como nada había que hacer en esta materia, debe considerarse que la resolución de la junta fué en buenos términos la destitución de Hidalgo como jefe de la guerra. Desde la fecha en que tuvo lugar la junta en la hacienda del Pabellón, acaban todas las responsabilidades del cura Hidalgo como primer caudillo de la revolución.

El generalísimo Allende dispuso que el ejército, ya muy abatido y diezmado diariamente por las deserciones, se retirase al Saltillo capital del Estado de Coahuila, una de las provincias internas de Oriente. Todavía aun cuando Allende lo hubiese pensado no se hablaba de viaje á los Estados Unidos.

La determinación no podía ser peor. La población de las provincias internas á que pertenecía Coahuila, la formaban en 1803 ciento diez mil habitantes, de los cuales correspondían á la provincia de Coahuila, según cálculo del Barón de Humbolt, apoyado en el censo virreinal de 1793, trece mil habitantes. De 1793 á 1810 en el transcurso de 17 años había subido á lo más la población de la provincia de Coahuila que comprendía á Tejas veinte mil habitantes; muy pocos de ellos agricultores, muchos pastores, algunos contrabandistas. Esa pequeñísima población diseminada en un territorio mayor que el de Francia y Bélgica reunidas no podía encargarse de mantener un ejército de cuatro

mil hombres que por lo menos había de consumir mil pesos diarios si no en dinero sí en mercancías. No conozco la cifra de la población del Saltillo en 1810, pero no creo que haya excedido de tres mil habitantes, y obligar á tres mil habitantes á que sostuviesen un ejército de cuatro mil hombres indisciplinados y que practicaban el pillaje como la principal de sus virtudes, tenía que exasperar á la población pacífica y pobrísima que sufriera su espantoso peso y obligarla á que se arrojara en brazos del Virrey que le daba garantías de vida, paz y trabajo en vez de sostener la causa de la independencia que se le presentaba como causa de yugo, ruina y muerte.

Se me dirá que el ejército de Allende llevaba dinero; es cierto, pero ese dinero no estaba destinado á pagar al ejército sino á compra de armas y otros útiles de guerra en los Estados Unidos. Allende dió órdenes á Jiménez para que alistase doscientas mulas con cargas de víveres, destinados á hacer vivir el ejército en su paso por el desierto. Con semejantes medidas la contrarrevolución estaba hecha.

Si se trataba de hacer base de operaciones al Saltillo no se podía lograr más que hacer una **base de hambre** para el ejército y para la población, lo que daría lugar á una **base de odio** contra los independientes de parte de las poblaciones y á una **base de completa deserción** por el ejército. Por último, la provincia de Coahuila no se prestaba á burlar la persecución de Calleja que apareciendo con los recursos de orden, dinero, paz y ninguna exac-

ción para los habitantes, debía ser recibido con repiques á vuelo, cohetes y entusiasmo general. Es deber de un militar que manda en jefe toda una campaña, llevar en cuenta las cuestiones económicas, pues uno de los grandes recursos de la guerra, incluido en el ramo de la estrategia, es nada menos que matar de hambre al enemigo.

## X

Si Allende trataba solamente de atravesar el Estado de Coahuila para ir á los Estados Unidos, no debió llevar un gran ejército cuya presencia ofreciendo á los habitantes exacciones, pillaje y destrucción, los forzara á lanzarse al campo realista en busca de garantías. Para ir los jefes á los Estados Unidos bastaban trescientos soldados de caballería escogidos, bien disciplinados, bien armados, muy bien pagados y durante la marcha cuidar no lastimar en lo más mínimo á las poblaciones, dar toda clase de garantías y pagar á precios altos los comestibles y alojamientos.

Cargar con un millón de pesos que era lo que se calcula que llevaban Allende y Aldama, obligaba á emplear doscientas cincuenta mulas, porque el numerario era en plata; y era escándalo inaudito que las poblaciones viesan y creyesen como lo creyeron, según Rayón y Mora, que los caudillos abandonaban la guerra, llevándose los caudales en su bolsillo y para su bolsillo, dejando encampanados á los que habían levantado, mientras ellos disfruta-

rían en el extranjero de paz y riquezas. No se puede negar que con semejantes disposiciones de Allende aceptadas por sus compañeros, no hicieron más que cargar los fusiles que debían matarlos con ó sin la traición de Elizondo. Eran sus obras sin reflexión las que estaban levantando su cadalso. Y lo malo en el asunto era que según las más grandes probabilidades se debe aceptar que su marcha á los Estados Unidos era leal y honrada. Al llegar al Saltillo recibieron la proposición del Virrey para que se indultasen y si se hubieran querido indultar guardando para su bolsillo el tesoro en plata que poseían, el Virrey nada hubiera dicho, y me fundo en que cuando el Obispo de Puebla D. Ignacio Manuel del Campillo fué autorizado por el Virrey para tratar con Rayón del restablecimiento de la paz, llevaba según Mora, dos clases de instrucciones; las ostensibles, sumisión, entrega de armas, retractación, y las secretas, consistentes en ofrecer á los jefes rebeldes grados militares y sobre todo muchas onzas de oro. No necesitaban venderse los primeros caudillos para guardar la plata que llevaban, les era suficiente proponer que aceptarían el indulto siempre que el gobierno virreinal admitiera que se echase un velo de bronce sobre todo lo pasado, con lo cual quedaba el millón de pesos debajo del velo.

El indulto era vergonzoso, pero yo creo que era más vergonzoso que los caudillos de una revolución tan noble como la de independencia, apareciesen desde luego ante las poblaciones fronterizas, después ante la revolución, y des-

pués ante el país y el extranjero, huyendo cobardemente y robándose los caudales tan necesarios para la revolución y que á ella pertenecían. El indulto no indica en todo caso cobardía y sobre todo la reputación del hombre privado queda limpia.

Se me responderá que el indulto era un acto vergonzoso definitivo mientras que la huida con los caudales era una mancha pasajera que se borraba con el simple hecho de volver al país trayendo el cargamento de fusiles y demás útiles de guerra. La objeción sería excelente si se hubiera podido garantizar que la impresión de desaliento, cólera, desengaño de los revolucionarios al ver huir á sus jefes con el dinero de la revolución, no habría de causar mayores males á ésta que bienes con la llegada de los fusiles.

Había además el peligro de que si la escolta se echaba sobre los jefes para quitarles la plata y los mataba como era muy probable, no podrían éstos justificarse y quedarían definitivamente deshonrados.

Mas supongamos que todo hubiera ido bien. ¿Cómo habrían introducido al país ese gran cargamento de fusiles y pertrechos de guerra? ¿Por el mismo camino por donde habían salido para comprarlos? El gobierno español, que hubiera sabido el objeto del viaje de los caudillos se habría prevenido ocupando las ciudades fronterizas, destruyendo previamente las fuerzas independientes que hubiera encontrado en ellas. Era mejor haberse dirigido poco á poco á las soldaderas de las tropas realistas por medio

de guerrillas, ofreciéndoles dar cincuenta pesos por cada fusil que entregasen y con un millón de pesos bastaba para comprar 20,000 fusiles. Y en la práctica el soldado realista que hubiera vendido el fusil en cincuenta pesos habría también desertado ó defecionado.

## XI

“En esta villa (Saltillo) recibió (Allende) la pretensión del teniente coronel Elizondo para que se le nombrase teniente general en premio de haberse pronunciado contra el gobierno español, atrayendo á la insurrección la mayor parte de las provincias del Nuevo Reino de León, Nuevo Santander y Coahuila. Extraño parece que después de tanta profusión de grados y ascensos se rehusase á Elizondo lo que pedía; pero Allende quiso mal á propósito y cuando se hallaba débil empezar una reforma que habría sido muy útil hacer algunos meses antes. Elizondo se ofendió y disimuló su disgusto; pero habiéndose encontrado accidentalmente ó de propósito con el obispo de Monterrey D. Primo Feliciano Marín que se fugaba con el objeto de embarcarse para llegar á México por Veraacruz, entró en materia con él sobre el desaire que había sufrido: el obispo aprovechó la ocasión para persuadirlo á que se separase de los insurgentes y volviese á la obediencia del gobierno español. Elizondo prometió hacerlo; y ó por resolución emanada del mismo ó por las sugerencias del obispo, concibió el plan que después puso en ejecución de

apoderarse de los jefes insurgentes y entregarlos á las autoridades españolas.” (1)

El origen de la traición de Elizondo dado á conocer por Mora fué tomado de Bustamante, está aceptado por “México á Través de los Siglos,” por Pérez Verdía y sin embargo le falta prueba. Alamán no lo niega, mas tampoco lo afirma como hecho histórico, pues dice: “Y á esta causa se atribuye la determinación de Elizondo para hacer la contrarrevolución de Monclova y prisión de los jefes de la insurrección, por habersele rehusado el empleo de teniente general á que se creía acreedor.” (2) No niego el hecho, pero siendo muy interesante, tampoco puedo aceptarlo sin prueba. Bustamante, Zavala, el Dr. Mora y los autores de “México á Través de los Siglos,” son narradores escriben como cronistas, sólo Alamán se porta como historiador, porque atiende á probar hasta donde puede, los hechos que el vulgo ó las personas cultas suelen rechazar.

Si el desaire de Elizondo fué cierto, no cabe duda que Allende hizo todo lo posible por desprenderlo de la revolución y un hombre conocedor del corazón humano y sobre todo del corazón de Elizondo que ya lo había revelado, habría tenido la seguridad de haber transformado á Elizondo en un enemigo terrible, y transformar en enemigo terrible á un jefe militar de influencia en determinadas zonas y cuando ese jefe ha traicionado ya á su go-

(1) Dr. Mora, Tomo 4o., págs. 141 y 142.

(2) Alamán, Tomo 2o., pág. 165.

bierno y aun á su patria caso de que sea cierto que Elizondo era español, equivale á sembrar á corto plazo una catástrofe cuando el que la siembra es un infeliz derrotado que sólo debe esperar desengaños, traiciones y abandono de sus partidarios, aun de aquellos que le deban gratitud. Bien dice Mora cuando un jefe en desgracia huye y racionalmente sólo puede fiar su suerte en agarrar la benevolencia de sus compañeros no es la hora de meterse á disciplinar, convertir y **meter en cintura á todo el mundo.**

Yo no creo que Elizondo haya tenido necesidad del injustificado desaire de Allende para lanzarse á la traición. Cuando una revolución va para arriba hay multitud de personas que solicitan sus favores, pero cuando va para abajo ó lo que es peor cuando la opinión la considera ya como muerta, nadie pide á un muerto el despacho de teniente general.

Cuando Allende llegó al Saltillo nadie se figuraba que la revolución continuaría nueve años, todos, insurgentes y realistas la daban por terminada, y Elizondo era hombre muy astuto. La mejor prueba de que la revolución no exitaba á pedirle favores, es que los caudillos, cuando manifestaron su resolución de partir para los Estados Unidos, ofrecieron el puesto supremo de generalísimo á quien quisiera tomarlo y todos lo vieron con horror excepto D. Ignacio Rayón, á quien la historia reconoce méritos de primer orden por recoger y levantar en una atmósfera de pánico y muerte una bandera que todos rehusaban tocar porque el arre-

pentimiento y el terror paralizaban sus alientos. No se puede creer que en esos momentos Elizondo pretendía un ascenso cuando lo que veía con toda seguridad delante era su cadalso y lo que exigía su conveniencia, ponerse bien á todo trance con el gobierno español único medio de salvarse de la terrible y segura venganza.

Mora dice todavía algo de más extraordinario: "El proyecto de Elizondo y las inteligencias con Ochoa no fueron tan secretas que dejasen de traslucirse: la mujer de Abasolo, Doña Manuela Taboada tuvo **noticia segura de ellas** y las puso en conocimiento del cura Hidalgo que hizo otro tanto con Allende; pero éste despreció el aviso y la marcha continuó." (1) Si también esto es cierto resulta Allende un hombre temerario con poca inteligencia. ¿Despreció el aviso Allende porque no creyó posible en las circunstancias de desprestigio y desgracia en que se hallaba la causa insurgente, una traición? ¿Obró entonces como un niño? ¿Despreció el aviso por creer que ante su valor y arrojo nada ni nadie podía ofenderlo? Debió entonces marchar sereno y risueño respondiendo por la situación á sus compañeros, pero debió marchar como militar y no como mayordomo de carros. Nuestros historiadores disculpan á Allende de llevar con su columna una marcha que nada tenía de militar, por la confianza que inspiraba un territorio amigo ocupado por tropas amigas. Los mexica-

(1) Mora, Tomo 4o., pág. 146.

nos hemos visto que cuando el gobierno mandaba de México á Veracruz una **conducta de caudales** la hacía escoltar por no menos de mil hombres y conducir por un jefe que marchaba militarmente, aún cuando el país estuviera en paz. La fuerza militar siempre debe marchar militarmente aun cuando marche en un país donde nunca ha habido guerra. El imperio actual alemán está en completa paz y si un jefe se atreviera á marchar al frente de una columna, de Berlín á cualquier punto en los términos que marchaba Allende con su columna, sería procesado y castigado.

En la marcha de Allende á Acatita de Baján la columna militar iba custodiando una **conducta de caudales**, pues los caudillos llevaban cerca de un millón de pesos en plata y á los ojos de las poblaciones que habían simpatizado con la revolución esa conducta de caudales aparecía como un robo ejecutado por jefes que cobardemente huían. Y en tal caso las poblaciones no pueden tener respeto por un derecho de propiedad que no existe, tenían que indignarse y en su indignación, coger á los fugitivos, quitarles el millón de pesos y castigarlos. Un pueblo digno que ve que después de haber sido levantado en revolución, sus jefes huyen llevándose un dinero que pertenece al pueblo, el deber de éste es impedir el atentado y aprehender á los jefes fugitivos.

Por otra parte, la impresión de la tropa que escoltaba el millón de pesos tenía que ser la misma de las poblaciones, y cuando una tropa disciplinada cree que va escoltando tesoros ro-

bados por sus jefes, les pierde la estimación y el respeto, obra en ella la codicia y el espíritu de equidad, pues dice: si nuestros jefes roban, ¿por qué no nos dan nuestra parte? y entonces la tropa cree que sus jefes la roban también al no darle su parte correspondiente en el botín. En estas condiciones la disciplina desaparece y el jefe de la columna debe esperar la insubordinación y el tumulto de un momento á otro: Es cuando más se debe vigilar una marcha aplicando estrictamente los más severos principios de la ordenanza para evitar la sublevación.

Se me dirá; los caudillos no huían y no llevaban los caudales para su bolsillo. Convenido, pero si es inmoral obrar mal, no es cuerdo ni prudente obrar bien, en términos tales que todos crean que se obra mal, porque entonces esos todos pueden obrar conforme á su deber de corregir y castigar el mal donde creen verlo. Aun cuando Elizondo no hubiera traicionado, ya Zambrano en Béjar y desde el primero de Marzo de 1811, había comenzado la contrarrevolución, había aprehendido al Lic. Aldama, quitándole doseientos mil pesos y el 26 de Marzo se encontraba ya en Laredo al Frente de quinientos hombres. Allende no hubiera podido atravesar Tejas completamente sometido á la contrarrevolución. Si los primeros caudillos hubieran escapado de Elizondo habrían caído en poder de Zambrano que antes que aquel había hecho la contrarrevolución. La causa de la contrarrevolución fué la derrota del Puente Calderón, que presentó al país el

cadáver ensangrentado de la revolución y nadie ó muy pocos habían de quererlo acompañar dentro del sepulcro.

Los caudillos no se hubieran salvado sin la traición de Elizondo, pero hubiera sido mejor para ellos morir con el valor personal de que disponían, gloriosamente en un combate, que en el cadalso; no por deshonor, sino porque no hubiera habido **retractaciones** auténticas ó falsas, ni declaraciones reales ó supuestas que no les son favorables. Allende y el elemento militar que lo obedecía, fué el responsable de la final tragedia que envolvió á los primeros caudillos de la independencia. Las faltas de Allende fueron más militares que políticas; lo que prueba su deficiencia intelectual para alto papel guerrero. La traición de Elizondo obtuvo un éxito tan maravilloso, porque maravillosa aunque lógica fué la reacción de los fronterizos contra una revolución que en su creencia muerta, pretendía imponerles gastos de resurrección que debían arruinarlos y someterlos al degüello vengador sistematizado por el general Calleja.

## XII

Hagamos la hipótesis de que Allende después de la batalla del Puente de Calderón hubiera sido tan profundamente militar como el barón de Moltke. De nada hubiera servido, porque tenía que darse la parte militar por terminada ó ir á la guerra de guerrillas. Los revolucionarios del segundo período habían comprendido,

no que las masas fuesen inútiles para la guerra porque ellas son la materia prima indispensable para formar ejércitos. Lo que se había comprendido era que no se podían disciplinar y militarizar las masas sin tener fusiles en abundancia. Había acabado la ilusión de que el ejército realista en masa ó en grandes pelotones defeccionaría estirado de los cabellos por el patriotismo. Para obtener fusiles con qué dotar un ejército no había más que las guerrillas que lentamente los fueran quitando al enemigo. Pues bien, ni Allende ni Aldama, ni Abasolo podían ser guerrilleros. Los militares de 1810 consideraban por lo que habían visto en España que la guerra de guerrillas correspondía á la más vil canalla y en consecuencia todo militar de aquel tiempo rechazaba con asco una tarea que en su concepto lo degradaba hasta convertirlo en albañal inmoral. El cura Hidalgo tampoco podía ser guerrillero, por sus sesenta y un años de edad, por su educación culta, por su raza de criollo de naturaleza aristocrática, por haber sido desde la toma de Guanajuato hasta el desastre de Aculco una especie de profeta musulmán y en Guadalajara una especie de monarca con guardias de **corps**, pajes de calzón corto, y trato de alteza serenísima.

Nótese que la revolución cayó después del fusilamiento de los primeros caudillos, en manos de los hombres enérgicos que tenían ideas enérgicas, mientras que las ideas de los criollos creados en confesonarios y en alcobas eran hermosas, delicadas, artísticas hasta en política,

pero todas caducas. La ignorancia es un campo limpio donde los instintos pueden desarrollarse como plantas silvestres y el instinto no es más que la facultad inconsciente de adaptación entre los hombres y su medio. Llamo la atención de que después del fusilamiento del cura Hidalgo y demás caudillos ninguno de los grandes revolucionarios fué militar, ni criollo, ni culto. Rayón, que sin ser militar hizo lo admirable en su retirada del Saltillo intentó hacer lo imposible procurando continuar el sistema de los primeros caudillos.

Voy á mencionar de nuevo los grandes guerrilleros con dotes militares para probar lo que acabo de decir; que ninguno fué militar, ni criollo, ni culto: D. José María Morelos, exvaquero y cura indio ó mestizo de español y mulata; D. José Antonio Torres ranchero y mestizo; D. Benedicto López ranchero y mestizo; los dos Galeana y los tres Bravo mestizos y rancheros acomodados; D. Valerio Trujano, mulato, arriero pobre; D. Mariano Matamoros, mestizo y cura de poca cultura; D. Eugenio Montañó mestizo, ranchero, hijo de administrador de pequeña finca de campo.

Los grandes guerrilleros sin talentos verdaderamente militares fueron D. Vicente Guerrero, indio de familia ranchera, D. José Francisco Osorno, mestizo contrabandista; D. Albino García mestizo contrabandista, D. Manuel Oviedo indio campesino; D. Antonio Valdés indio campesino; D. Miguel Serrano mestizo muy inculto; los dos Villagrán, arrieros acomodados mestizos; Arroyo mestizo cómitre de

la **tlapixquera** de la hacienda de Ocotepec; Bocardo indio campesino, cruel, cobarde.

Aldama, que era criollo pariente de los dos Aldama, compañeros del cura Hidalgo, no fué militar ni era culto y no pudo servir para guerrillero por falta de astucia, de malicia, le sobraba valor pero era muy probo y tan inocente, que admitió separarse de su fuerza para ir á cenar y dormir en casa de Casalla, quien fingiéndose su amigo lo invitó á visitarlo y lo asesinó dormido. Según se cree este asesinato fué obra del gobierno español, pues Aldama ningún mal había causado á Casalla. El Lic. Rosains quiso meterse de guerrillero, fué martirizado por Arroyo que era un gran bandido, sufrió mucho á causa de la diversidad de su naturaleza con la de sus compañeros y acabó por indultarse.

El primero de Marzo de 1811 sólo tenían cuatro caminos que seguir los primeros caudillos: aceptar el indulto que les ofreció el Virrey, expatriarse, morir en un combate militar, ó lo que les sucedió, ser aprehendidos y fusilados. Ya dije que el tercer camino de la muerte gloriosa era el mejor, el del indulto era vergonzoso, el de la expatriación también porque los hacía aparecer cobardes y si llevaban dinero debían pasar ante la opinión como ladrones; en suma, no les quedaba más recurso que la afrenta ó la muerte, por inexperiencia é ignorándolo habían escogido la afrenta, las leyes del medio en que vivían corrigieron la falta proporcionándoles la muerte heroica no obstante sus declaraciones procesales.